

bado Napoleón, el archiduque Carlos y el general Jomini, en vez de formar dos ejércitos, adelantándose en columnas aisladas bajo dos distintos generales, con la menguada intención de deshacer los flancos del enemigo, hubiese el Directorio formado un solo ejército de ciento sesenta mil hombres, cincuenta mil para sitiar á Maguncia y ciento diez mil, reunidos en un solo cuerpo, para invadir la Alemania por el valle del Rhin, el Val-d'Enfer y la Baviera Alta, los ejércitos imperiales se hubieran visto reducidos á retirarse siempre, sin poder concentrarse ventajosamente contra fuerzas tan superiores. Entonces el magnífico plan del joven archiduque se hubiera frustrado, y la bandera republicana habría ondeado dentro de Viena. Jourdan era una forzosa víctima del plan aludido; por esto su campaña, siempre desgraciada, fué una serie de sacrificios, ya cuando atravesaba el Rhin por primera vez para llamar las fuerzas del archiduque, ó bien cuando avanzaba hasta Bohemia y combatía en Wurtzburgo. Sólo Moreau podía, con su brillante ejército, reparar en parte los defectos del plan, ya apresurándose á arrollar cuanto se le presentase delante, al salir por Kehl, ó bien precipitarse de improviso contra el archiduque Carlos, cuando éste se encarnizaba contra Jourdan. No se atrevió ó no supo efectuar nada de esto: pero si no manifestó ningún rasgo de ingenio, si prefirió una retirada á una maniobra decisiva, desplegó al menos, en esta retirada, un carácter y valor poco comunes. No era tal vez tan difícil como se ha dicho, pero se efectuó no obstante del modo más imponente.

Otro de los inconvenientes que tuvo aquel vicioso plan fué el de sugerir al joven archiduque el excelente pensamiento que llevó á cabo con prudencia, por lo mismo que Moreau no tuvo aquel ardor ni aquella audacia que podía haber hecho mortal, para las armas francesas, el error de su gobierno. ¿Quién pudo concebir lo que hubiera acontecido, si se hubiese hallado allí

el impetuoso genio que acababa de destruir tres ejércitos al otro lado de los Alpes? Si los setenta mil hombres de Moreau, en el momento de salir de Kehl, ó los imperiales, cuando dejaron el Danubio para caer sobre Jourdan, se hubieran conducido con el ímpetu que aterró á la Italia, la guerra hubiera terminado indudablemente desde luego de un modo desastroso para una de ambas potencias.

Aquella campaña valió al joven archiduque una gran reputación en Europa. En Francia se consideró como un gran mérito en Moreau haber conducido sano y salvo el ejército comprometido en Baviera, pues se tenía la mayor inquietud por su paradero, especialmente desde que, habiéndose replegado Jourdan, estando amenazado el puente de Kehl y habiendo interceptado las comunicaciones con Suabia una multitud de destacamentos, se ignoraba lo que había sido de él y lo que iba á sucederle; pero cuando después de tanto desasosiego se le vió salir al valle del Rhin con tan marcial actitud, se admiró al general que tan felizmente se había librado. Consideróse su retirada como una obra maestra del arte, y se comparó inmediatamente á la de los diez mil.

Nadie se atrevía sin duda á comparar estos triunfos con los brillantes del ejército de Italia; pero como siempre hay una multitud de hombres á quienes ofuscan el genio superior y la fortuna y prefieren un mérito menos distinguido, no faltaban muchos que se declaraban por Moreau, elogiando su prudencia, su habilidad suma y prefiriéndola al ardiente genio del joven Bonaparte. Desde entonces tuvo Moreau en su favor cuantos prefieren los talentos secundarios á las facultades extraordinarias, y es preciso confesar que en una república se acostumbra á perdonar á estos enemigos del genio, cuando se considera hasta dónde puede éste hacerse culpable contra la libertad que le ha sostenido y llevado hasta el colmo de la gloria.

## CAPÍTULO V

Situación interior y exterior de Francia después de la retirada de los ejércitos de Alemania á principios del año v. — Combinaciones de Pitt. — Preliminares de una negociación con el Directorio. — Llegada de lord Malmesbury á París. — Paz con Nápoles y Génova. — Negociaciones infructuosas con el papa. — Caída del duque de Módena. — Fundación de la república cispadana. — Misión de Clarke en Viena. — Nuevos esfuerzos del Austria en Italia. — Llegada de Alvizny. — Graves peligros del ejército francés. — Batalla de Arcola.

El desenlace que acababa de tener la campaña en Alemania era enojoso para la república; sus enemigos, que se obstinaban en negar sus victorias ó en predecirle crueles reveses de fortuna, veían sus pronósticos realizados y triunfaban abiertamente. Aquellas rápidas conquistas en Alemania, decían, no tenían, pues, ninguna solidez: el Danubio y el genio de un joven príncipe habían puesto término á ellas; no cabía duda que el temerario ejército de Italia, tan sólidamente establecido en el Adige, al parecer, sería arrancado á su vez de allí y rechazado á los Alpes, como los ejércitos de Alemania al Rhin. Cierta que las conquistas del general Bonaparte parecían reposar en una base algo más sólida; no se había limitado á rechazar á Colli y Beaulieu á su paso; había los destrozado; ni se contentó tampoco en dispersar el ejército de Wurmser; le desorganizó en Castiglione para aniquilarle por fin sobre el Brenta; y por lo tanto había más esperanza de permanecer en Italia que en Alemania, pero complaciáanse algunos en propalar rumores alarmantes.

Decíase que llegaban numerosas fuerzas de Polonia y Turquía para dirigirse á los Alpes; los ejércitos imperiales del Rhin podrían entonces disponer de nuevos destacamentos; y el general Bonaparte, á pesar de todo su genio, teniendo siempre nuevos enemigos que combatir, hallaría por último el término de sus triunfos, aunque sólo fuese por el desfallecimiento de su ejército. Era natural que en aquel estado de cosas se hicieran semejantes conjeturas, porque las imaginaciones, después de haber exagerado los triunfos, debían exagerar también los reveses.

Los ejércitos de Alemania se habían retirado sin grandes pérdidas y conservaban la línea del Rhin, en lo cual no había desgracia alguna; pero el ejército de Italia se hallaba sin apoyo, y esto era un inconveniente grave. Además, nuestros dos principales ejércitos, habiendo vuelto á entrar en el territorio francés, iban á ser una carga para nuestra hacienda, que seguía siempre en un estado deplorable: este era el peor mal.

Como las cédulas habían dejado de tener curso forzoso de moneda, perdiéronse enteramente, sin contar que se habían distribuido todas, y apenas quedaba ya alguna á disposición del gobierno, hallándose en París en manos de algunos especuladores, quienes las vendían á los que compraban bienes nacionales. El atraso de los créditos del Estado era siempre considerable, pero no

se cobraba; los impuestos y el empréstito forzoso se percibían con lentitud; los bienes nacionales se pagaban sólo en parte, y según la ley, no era posible exigir aún los pagos que restaban hacer, ni eran bastante crecidas las propuestas que se presentaban aún para alimentar el Tesoro. Por lo demás, vivíase con estas propuestas, así como con los comestibles procedentes del empréstito y las promesas de pago hechas por los ministros. Se acababa de formar el presupuesto para el año v, dividido en gastos ordinarios y extraordinarios: los primeros ascendían á 450 millones, y los segundos á 550; la contribución territorial, las aduanas, el papel sellado y demás productos anuales debían cubrir los gastos ordinarios; y los 550 millones podrían satisfacerse sobradamente con el atraso del año iv y del empréstito forzoso, y con los pagos que debían hacerse de los bienes nacionales. Contaban, además, con el recurso de los bienes que la república poseía aún; pero era preciso realizar todo esto, y tropezábase siempre con la misma dificultad.

Los contratistas, no pagados, rehusaban hacer adelanto alguno, y carecíase de todos los servicios á la vez. Los funcionarios públicos y los rentistas no percibían sus pagas y se morían de hambre. Así, pues, el aislamiento del ejército de Italia y el estado de nuestra hacienda podían inspirar grandes esperanzas á nuestros enemigos.

Del proyecto de cuádruple alianza formado por el directorio entre Francia, España, la Puerta y Venecia, sólo había resultado la alianza con España, la cual, alucinada con nuestras promesas y brillantes victorias á mediados del verano, había decidido, como hemos visto, renovar con la república el pacto de familia, y acababa de declarar la guerra á la Gran Bretaña.

Venecia, á pesar de las instancias de España y las invitaciones de la Puerta, á pesar de las victorias de Bonaparte en Italia, se negó á unirse á la república. En vano se le representó que Rusia aspiraba á sus colonias de Grecia y Austria á sus provincias de Iliria; que su unión con la Francia y la Puerta, que nada tenían que envidiarla, la protegería de aquellas dos ambiciosas enemigas; que las reiteradas victorias de los franceses en el Adige debían tranquilizarla respecto á la vuelta de los ejércitos austriacos y la venganza del emperador; que el auxilio de sus fuerzas terrestres y marítimas haría más imposible aún este caso, y que, por el contrario, la neutralidad no le proporcionaría ningún amigo, antes bien



la dejaría sin protector, exponiéndola tal vez á servir de medio de reconciliación entre las potencias beligerantes.

Venecia, rebosando odio contra los franceses y haciendo armamentos, sin duda contra ellos, puesto que consultaba al ministerio austriaco sobre la elección de un general, rehusó por segunda vez la alianza que se le proponía. Bien veía el riesgo que corría con la ambición austriaca; pero más urgente y mayor era, á su juicio, el peligro de los principios franceses, y así respondió que persistía en su neutralidad desarmada; y era falso, porque por todas partes hacía armamentos.

La Puerta, llevada del ejemplo de Venecia y de las sugerencias de Viena á Inglaterra, no había accedido al proyecto de alianza, de suerte que no quedaban más que Francia y España, cuya unión podía contribuir á dejar sin el Mediterráneo á los ingleses, pero también podía comprometer las colonias españolas. En efecto, Pitt, que trataba de sublevarlas contra la metrópoli, ya había intrigado con este intento en Méjico. Las negociaciones con Génova no se habían terminado, porque se trataba de convenir con ella á la vez en una suma de dinero, en la expulsión de algunas familias y en el llamamiento de otras. Lo mismo acontecía con Nápoles, porque el Directorio había exigido una contribución, y la reina, llena de despecho, se negaba á imponerla.

No se había hecho la paz con Roma, á causa de un artículo exigido por el Directorio, quien quería que la Santa Sede revocase todos los breves contra Francia desde el principio de la revolución, lo cual resentía cruelmente el orgullo del anciano pontífice. Convocó un concilio de cardenales, y habiendo acordado éstos que no podía efectuarse la revocación, rompiéronse las negociaciones. Después comenzaron de nuevo en Florencia, donde se abrió un congreso; y habiendo repetido los enviados del papa que no se podían revocar los breves, y contestado los comisarios franceses que esta era la condición *sine qua non*, separáronse á los pocos minutos. La esperanza de un auxilio del rey de Nápoles y de Inglaterra sostenía al pontífice en su negativa, y acababa de enviar al cardenal Albani á Viena para implorar el socorro de Austria y concertarse con ella en su resistencia.

Tales eran las relaciones de Francia con Europa: sus enemigos, por su parte, desfallecían ya; el Austria estaba tranquilizada por haberse retirado nuestros ejércitos, que llegaron hasta el Danubio; pero inquietábale la Italia, y hacía nuevos preparativos para recobrarla.

En cuanto á Inglaterra, veíase reducida á una triste situación; su establecimiento en Córcega era precario, y hallábase expuesta á perder muy pronto esta isla: se quería cerrarle todos los puertos de Italia, y bastaba una nueva victoria del general Bonaparte para determinar su completa expulsión de este país. La guerra con España iba á cerrarle el Mediterráneo, amenazando á Portugal, y tendría interceptado todo el litoral del Océano hasta Texel; la expedición que Hoche preparaba en Bretaña le hacía temer por Irlanda; su hacienda estaba en peligro, y el pueblo quería la paz, habiendo llegado á ser fuerte la oposición por las nuevas elecciones. Estos eran motivos bastante poderosos para pensar en la paz y aprovecharse de los últimos reveses de Francia, á fin de hacerla aceptar; pero á la familia real y á la aristocracia repugnábales mucho tratar con Francia, por-

que á sus ojos era tratar con la revolución. Pitt, mucho menos afecto á los principios aristocráticos, y preocupado únicamente de los intereses del poderío inglés, hubiera querido la paz, pero con una condición indispensable para él é inadmisibles para la república, cual era la restitución de los Países Bajos al Austria. Pitt, según hemos observado ya, era todo un inglés por el orgullo, la ambición y las preocupaciones. El mayor crimen de la revolución no era á sus ojos la creación de una república colosal, sino la reunión de los Países Bajos á Francia.

Efectivamente, eran éstos una adquisición muy importante para nuestra patria, proporcionándola en primer lugar la posesión de las provincias más fértiles y ricas del continente, y sobre todo las fabriles, facilitándole también la desembocadura de los ríos más importantes para el comercio del Norte, el Escalda, el Mosa y el Rhin; un aumento considerable de costas, y por lo tanto de marina; puertos de gran importancia, sobre todo el de Amberes; y por último, una prolongación de nuestra frontera marítima, en la parte más peligrosa para la frontera inglesa, frente á las orillas indefensas de Essex, Suffolk, Norfolk y Yorkshire. Además de esta adquisición positiva, los Países Bajos tenían para nosotros otra ventaja: Holanda quedaría bajo la inmediata influencia de Francia cuando ya no estuviese separada por las provincias austriacas; la línea francesa se extendería entonces, no sólo hasta Amberes, sino hasta Texel; y las costas de Inglaterra quedaban cercadas por una faja de orillas enemigas. Si á esto se agrega un pacto de familia con España, entonces poderosa y bien organizada, se comprenderá que Pitt concibiera inquietudes por el poder marítimo de Inglaterra. Es de principio, en efecto, para todo inglés bien imbuido en sus ideas nacionales, que Inglaterra debe dominar á Nápoles, Lisboa y Amsterdam, para tener el pie en el continente, y serle fácil romper la prolongada línea de costas que pudieran oponerle. Este principio estaba tan arraigado en 1796 como aquel por el cual se consideraba que todo perjuicio causado á Francia era un bien para Inglaterra. En su consecuencia, y á fin de dar algún descanso á su hacienda, Pitt hubiera consentido en una paz pasajera; pero con la condición de que se restituyesen los Países Bajos al Austria; y por lo tanto, pensó entablar una negociación bajo esta base. No podía esperar que Francia admitiera semejante condición, pues los Países Bajos eran la adquisición principal de la revolución, y la Constitución no permitía, ni aun al Directorio, tratar de enajenarla; pero Pitt conocía poco el continente; creía de buena fe la ruina de Francia, y era sincero cuando anunciaba todos los años el desfallecimiento y la caída de nuestra república. Pensaba que si Francia había estado dispuesta alguna vez á la paz, era en aquel momento, bien á causa del descrédito de las cédulas, ó ya por la retirada de los ejércitos de Alemania.

En cuanto á lo demás, bien creyese la condición admisible ó no, tenía una razón mayor para entablar una negociación, y era la necesidad de satisfacer á la opinión pública, que pedía altamente la paz. En efecto, para decretar la quinta de sesenta mil hombres de milicia y quince mil marinos, necesitaba probar ruidosamente que había hecho cuanto estaba de su mano para

tratar. Aun tenía otro motivo no menos importante: al tomar la iniciativa de abrir en París una negociación solemne, obtenía la ventaja de provocar la discusión de todos los intereses europeos, impidiendo que así se entablase una negociación particular con el Austria. Esta última potencia, en efecto, no tenía tanto empeño en recobrar los Países Bajos como la Inglaterra en devolvérselos; eran para ella una provincia lejana, desprendida del centro de su imperio, expuesta á continuas invasiones de Francia, y profundamente imbuida en ideas revolucionarias; una provincia que varias veces pensó en cambiar por otras posesiones en Alemania ó en Italia, y que sólo había conservado porque Prusia se opuso siempre á su engrandecimiento en Alemania y porque no se presentaron oportunidades que le permitiesen alcanzarle en Italia. Pitt pensaba que una negociación solemne, abierta en París por cuenta de todos los aliados, impediría las combinaciones particulares, evitando cualquier arreglo respecto á los Países Bajos. Quería, en fin, tener un agente en Francia, que pudiese vigilarla de cerca y obtener informes seguros sobre la expedición que se preparaba en Brest. Tales eran las razones que, aun sin la esperanza de obtener la paz, decidían á Pitt á dar un paso con el Directorio. No se limitó, como el año anterior, á una comunicación insignificante de Wickam á Barthelemy; envió á pedir pasaportes para un enviado revestido de los poderes de la Gran Bretaña. Este ruidoso paso del más implacable enemigo de nuestra república tenía algo de glorioso para ella: la aristocracia inglesa veíase así obligada á pedir la paz á la república regicida. Los pasaportes fueron concedidos al momento: Pitt eligió á lord Malmesbury, en otro tiempo sir Harry, hijo del autor de *Hermes*. Este personaje no era conocido como amigo de las repúblicas, pues había contribuido á la opresión de Holanda en 1787: llegó á París con un numeroso séquito el 2 brumario (23 octubre de 1796).

El Directorio eligió por representante al ministro Delacroix: los dos negociadores se avistaron en el ministerio de Estado el 3 brumario del año v (24 octubre). Lord Malmesbury se anunció como enviado de la Gran Bretaña y de sus aliadas, á fin de tratar de la paz general, presentando después sus credenciales, que sólo estaban firmadas por Inglaterra. El ministro francés le preguntó entonces si estaba comisionado por los aliados de la Gran Bretaña para tratar en su nombre, á lo cual contestó lord Malmesbury que tan pronto como estuviese abierta la negociación y admitido el principio sobre el cual podía basarse, el rey de la Gran Bretaña estaba seguro de obtener el concurso y los poderes de sus aliados. El lord entregó en seguida á Delacroix una nota de su corte, en la cual anunciaba el principio sobre que debía basarse la negociación, que era el de compensaciones de conquistas entre las potencias. Inglaterra, decía la nota, había hecho conquistas en las colonias; Francia, en el continente, á los aliados de Inglaterra; y había, por lo tanto, motivo para restituir por una y otra parte; mas era preciso convenir desde luego en el principio de las compensaciones antes de tratar sobre los objetos que deberían compensarse.

Bien vemos que el gabinete inglés eludía explicarse positivamente sobre la restitución de los Países Bajos, y enunciaba un principio general para que no se rom-

piese la negociación al comenzar. El ministro Delacroix contestó que iba á consultar con el Directorio.

Este no podía abandonar los Países Bajos porque no tenía facultades para ello y porque aun cuando las hubiese tenido no debía hacerlo, teniendo la Francia comprometido su honor con estas provincias, y no pudiendo exponerlas á las venganzas de Austria restituyéndoselas. Por otra parte, tenía derecho á indemnizaciones por la cruel guerra que hacía tanto tiempo sostenía; tenía derecho á compensaciones por el engrandecimiento del Austria, Prusia y Rusia en Polonia, á consecuencia de un atentado, y debía finalmente tratar de recobrar sus límites naturales: razones todas que le obligaban á no desprenderse de los Países Bajos y conservar las disposiciones de la Constitución. Decidió el Directorio á cumplir con su deber en este punto, podía desde luego romper una negociación, cuyo evidente objeto era proponernos la cesión de los Países Bajos y prevenir un arreglo con el Austria; pero también hubiera dado margen á decir que no deseaba la paz, satisfaciendo así una de las principales intenciones de Pitt, y suministrando fuertes argumentos para que exigiese del pueblo inglés nuevos sacrificios. Al otro día respondió en los siguientes términos:

«Francia, dijo, había tratado ya aisladamente con la mayor parte de las potencias de la coalición sin que invocasen el concurso de todos los aliados; generalizar la negociación era hacerla interminable, dando motivo para que se creyese que la actual no sería más sincera que la entablada el año anterior por mediación del ministro Wickam. Por lo demás, el ministro inglés no tenía poderes de los aliados en nombre de los cuales hablaba; y enunciábase, en fin, el principio de las compensaciones de una manera demasiado general y vaga para que se pudiese admitirle ó rechazarle. La aplicación de este principio dependía siempre de la naturaleza de las conquistas y de la fuerza con que contaban las potencias beligerantes para conservarlas. Así, pues, añadía el Directorio, el gobierno francés podía dispensarse de contestar; mas para demostrar su deseo de paz, declara que estará dispuesto á escuchar todas las proposiciones tan pronto como lord Malmesbury esté provisto de los poderes de todas las potencias en nombre de las cuales pretende tratar.»

El Directorio, que en aquella negociación no tenía que ocultar nada y que podía proceder con la mayor franqueza, resolvió publicar la negociación, mandando insertar en los diarios las notas del ministro inglés y las contestaciones del francés. En efecto, hizo imprimir en el acto la memoria de lord Malmesbury y la respuesta que se dió. Esta manera de proceder podía desconcertar un poco la política tortuosa del gabinete inglés; pero no se faltaba con ello á las conveniencias ni á los usos establecidos. Lord Malmesbury confesó que iba á consultar con su gobierno. Singular plenipotenciario era aquel que no llevaba poderes suficientes, y que á cada dificultad debía consultar con su corte. El Directorio hubiera podido ver en esto un engaño y la intención de ganar tiempo, aparentando negociar; y sobre todo, pudo no ver con satisfacción la permanencia de un extranjero, cuyas intrigas serían tal vez peligrosas, y que venía para descubrir el secreto de nuestros armamentos; pero sin manifestar desagrado, permitió á lord



Malmesbury esperar las contestaciones de su corte, mientras observaba París, los partidos, su fuerza y la del gobierno. De todos modos, nada perdía con esto el Directorio.

Entretanto, nuestra situación iba siendo peligrosa en Italia, á pesar de los recientes triunfos de Roveredo, de Bassano y de San Jorge. Austria redoblaba sus esfuerzos para recobrar la Lombardía; gracias á las garantías que dió Catalina al emperador respecto á la conservación de las Galitzias, las tropas que se hallaban en Polonia habían sido trasladadas á los Alpes; gracias también á la esperanza de conservar la paz con la Puerta, las fronteras de Turquía quedaron sin guarnición, y todas las reservas de la monarquía austriaca se habían dirigido hacia Italia. Una población numerosa y fiel proporcionaba además poderosos medios para el reclutamiento: la administración austriaca desplegaba un celo y una actividad extraordinarios para alistar nuevos soldados, agregarlos á las tropas veteranas, armarlos y equiparlos. De este modo organizábase en el Friul un magnífico ejército con los restos del de Würmsér, las tropas procedentes de Polonia y de Turquía, los destacamentos del Rhin y los reclutas. El mariscal Alvinzy estaba encargado del mando: esperábase que este tercer ejército sería más feliz que los dos anteriores, y acabaría por arrojar de Italia á su joven conquistador.

En este intervalo, Bonaparte no dejaba de pedir auxilios y aconsejar negociaciones con las potencias italianas que dejaba detrás de sí. Instaba al Directorio para que tratara con Nápoles, reanudase las negociaciones con Roma, concluyese las de Génova y tratara de una alianza ofensiva y defensiva con el rey del Piamonte, á fin de obtener refuerzos en Italia si no se podía enviarlos de Francia. Quería además que se le permitiera proclamar la independencia de Lombardía y la de los Estados del duque de Módena, para obtener partidarios y auxiliares muy afectos á su causa. Sus miras eran razonadas, y el estado lastimoso de su ejército legitimaba tan vivas instancias. La ruptura de las negociaciones con el papa había sido causa de que se suspendiera otra vez la contribución exigida por el armisticio de Bolonia, habiéndose satisfecho sólo un pago. Ya estaba agotado el importe de los impuestos decretados sobre Parma, Módena y Milán, bien por los gastos del ejército, ó por los envíos hechos al gobierno. Venecia proporcionaba víveres, pero la paga de los soldados se atrasaba mucho; y aun mediaban contestaciones respecto á los valores que debían percibirse sobre el comercio extranjero de Liorna.

Hallándose en medio de los más ricos países de la tierra, el ejército comenzaba á sufrir privaciones; pero su mayor desdicha eran las bajas ocasionadas por el cañón austriaco. No había exterminado tantos enemigos sin sufrir grandes pérdidas: habiase reforzado con nueve ó diez mil hombres desde el principio de la campaña, lo cual hizo subir á cincuenta mil, poco más ó menos, el número de franceses entrados en Italia; mas en aquel momento no contaba sino con unos treinta y tantos mil: el fuego y las enfermedades habían reducido el ejército á este corto número. Acababan de llegar unos doce batallones de la Vendée, aunque singularmente disminuídos por las deserciones, y no se presentaban los demás destacamentos prometidos. El general Willot, que man-

daba en el Mediodía y estaba encargado de dirigir á los Alpes varios regimientos, los retenía para apaciguar los disturbios que su torpeza y mala intención suscitaban en las provincias de su mando. Kéllermann no podía debilitar su línea, pues érale preciso estar siempre dispuesto á contener á Lyon y á los alrededores, donde las compañías de Jehú cometían asesinatos. Bonaparte pedía la 83.<sup>a</sup> y 40.<sup>a</sup> medias brigadas, que formaban poco más ó menos un total de seis mil hombres de buenas tropas, y respondía de todo si llegaban á tiempo.

Quejábase de que no le hubieran encargado negociar con Roma, pues para significar el ultimátum hubiera esperado el pago de la contribución. «Mientras que vuestro general, decía, no sea el centro de todo en Italia, todo irá mal. Sería fácil acusarme de ambicioso, pero tengo demasiado honor; estoy enfermo, y apenas puedo sostenerme á caballo, restándome sólo el valor, lo cual es insuficiente para el puesto que ocupó. Ya nos pueden contar; el prestigio de nuestras fuerzas desaparece. ¡Vengan tropas ó se pierde la Italia!»

Comprendiendo el Directorio la necesidad de privar á Roma del apoyo de Nápoles, asegurando la retaguardia de Bonaparte, concluyó por fin su tratado con la corte de las Dos Sicilias. Desistió de toda exigencia particular; y por su parte, aquella corte, á la cual habían intimidado nuestras últimas victorias en el Brenta, que veía á España hacer causa común con Francia, y que temía la expulsión de los ingleses del Mediterráneo, accedió al tratado, firmándose la paz el 19 vendimiario del año v (9 de octubre). Convínose en que el rey de Nápoles retiraría toda especie de auxilios á los enemigos de Francia, cerrando sus puertos á los buques armados de las potencias beligerantes.

El Directorio concluyó después su tratado con Génova, habiéndole acelerado una circunstancia particular. Nelson se apoderó de un buque francés á la vista de las baterías genovesas, violación de la neutralidad que comprometió singularmente á la república de Génova; el partido francés que allí había mostróse más audaz, á la vez que más tímido el de la coalición, y entonces se acordó aliarse con Francia. Los puertos de Génova quedaron cerrados para los ingleses; se nos pagaron dos millones como indemnización por la fragata *Modesta*, prestándonos otros dos; las familias feudatarias no fueron desterradas, pero se llamó y reintegró á todos los partidarios de Francia expulsados del territorio y del senado. Solicitóse nuevamente del Piamonte la conclusión de una alianza ofensiva y defensiva: el rey actual acababa de morir, y su joven sucesor Carlos Manuel manifestaba bastante buenas disposiciones á Francia, mas no se contentaba con las ventajas que ésta le ofrecía por precio de su alianza. El Directorio le prometía proteger sus Estados, que no estaban seguros en medio de aquella conflagración general y de todas las repúblicas que se preparaban; pero el nuevo rey, así como el anterior, quería que le cediesen la Lombardía, lo cual no le era posible al Directorio prometer, porque necesitaba proporcionarse equivalencias para tratar con Austria. El Directorio permitió después á Bonaparte reanudar las negociaciones con Roma y dióle plenos poderes para ello.

Roma había enviado á Viena al cardenal Albani, y contando con Nápoles y dejándose llevar de su arreba-



LORD MALMESBURY